6438

SHAKESPEARE

Macbeth

TRAGEDIA

en cinco actos

traducida directamente y adaptada á la escena española

POR

José López Tomás

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1906

20

MACBETH

Esta obra es propiedad del traductor, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

SHAKESPEARE

Macbeth

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

traducida

directamente y adaptada á la escena española

por

JOSÉ LÓPEZ TOMÁS

VALLADOLID
Imprenta Castellana
MIGUEL ISCAR, F.

1906

AL EMINENTE ACTOR

DON ENRIQUE BORRÁS

Si Shakespeare viviera y hubiera tenido ocasión de apreciar las facultades de V., podría decir "he escrito *Macbeth* para Borrás„; *Macbeth,* la obra maravillosa, el drama más conmovedor y sublime que el mundo ha visto en el teatro, compendio de las más elevadas expresiones trágicas y que espera tener en V. un gran intérprete.

Porque le vi trabajar á V. hace poco pensé en traducir esta obra y *para V.* la he traducido, seguro no de que ha de gustarle, (el juicio favorable de tres siglos demuestra su excelencia) sino de que será la obra predilecta de V. y que cuando *las brujas* le vean encarnar la grandiosa figura de *Macbeth* le saludarán, diciendo: "¡Salve, rey del teatro!„

A esa salutación unirá la suya, lleno de júbilo, su admirador,

José López Jomás.

Valladolid, Agosto de 1906.

PERSONAJES

LADY MACBETH, esposa de Macbeth.
DAMA DE LADY MACBETH.
BRUJA 1.ª
BRUJA 2.ª
BRUJA 3.ª
HÉCATE.
MACBETH, (1) general de Escocia, luego Rey.
DUNCAN, rey de Escocia.
MALCOLM y DONALBAIN. } hijos de Duncan.
BANQUO, general de Escocia.
FLEANCIO, hijo de Banquo.
MACDUFF. LENNOX. ANGUS. ROSS. } nobles de Escocia.
SUARDO, general de Inglaterra.
JOVEN SUARDO, hijo del anterior.
SEYTON, oficial de Macbeth.
MÉDICO,
SARGENTO.
PORTERO.
ASESINO 1.º
ASESINO 2.º
APARICIONES.
MENSAJEROS.
NOBLES, CABALLEROS, OFICIALES y SOLDADOS (que no hablan).

La acción se desarrolla en Escocia, en el siglo XI (año 1040 al 1057), excepto la escena segunda del acto 4.º que tiene lugar en el Palacio Real de Inglaterra.

Derecha é izquierda, las del actor

---

(1) Pronúnciese Macbéz.

ACTO PRIMERO

La escena representa una gran llanura. Hora como del amanecer. Truena y relampaguea; el ruído de la tempestad deberá oirse momentos antes de levantarse el telón y por debajo de éste deberá verse al mismo tiempo el fulgor de los relámpagos. Del efecto escénico depende el éxito de esta situación.

ESCENA PRIMERA

BRUJAS, 1.ª, 2.ª y 3.ª; secas, barbudas, harapientas, de figuras estrafalarias.

BR. 1.ª ¿Cuándo nos hemos de encontrar de nuevo entre relámpagos, lluvias ó truenos?

BR. 2.ª Cuando cese el barullo que ahora estalla; cuando ganen, cuando pierdan la batalla.

BR. 3.ª Antes de que el sol se ponga habrá de ser.

BR. 1.ª ¿En qué sitio?

BR. 2.ª En la eriaza.

Br. 3.ª Para ver allí á Macbeth.

BR. 1.ª El gato me maya. (Se oyen maullidos en la escena.)

BR. 2.ª El sapo me llama. (Se oye el canto del sapo.)

TODAS. Lo bello es impuro y lo impuro es bello:
Volemos por la niebla, por el aire infecto.
(Las brujas desaparecen, cesando la tempestad que las habrá acompañado durante la escena.)

ESCENA II

EL REY DUNCAN, MALCOLM, DONALBAIN, LENNOX y acompañamiento, entran en escena por la derecha encontrando á un Soldado herido que poco antes que ellos habrá entrado por la izquierda.

DUN. Quién es este herido? Él nos podrá dar á juzgar por su estado, las últimas noticias de la rebelión.

669314

MALC. Este es el sargento que luchó, como soldado bueno é intrépido, porque yo no cayera en poder del enemigo. ¡Salud, bravo compañero! Cuenta al Rey el estado en que dejaste la contienda.

SARG. Quedó dudosa como la lucha entre dos nadadores rendidos que, al agarrarse, anulan mútuamente sus esfuerzos. El cruel Macdonald (rebelde en quien bulle el enjambre de todas las infamias humanas) recibe refuerzos de soldados ligeros y de irlandeses bien armados, procedentes de las islas occidentales. La Fortuna, meretriz, le sonreía, pero en vano; pues el valiente Macbeth, (bien merece ese nombre), niño mimado del valor, despreciando á la Fortuna y blandiendo la espada humeante de sangre, pasa entre las filas hasta llegar cara á cara al miserable y sin decirle palabra, de un tajo le abre en canal y le corta la cabeza que clava en nuestras almenas.

DUN. ¡Bravo amigo, caballero esforzado!

SARG. Mas de esta acción, de donde se podía esperar el bien surge el peligro, semejante á esas tempestades fatales á los buques, que nacen en el mismo punto del mar en que el sol comienza su carrera. Escuchad, Rey de Escocia, escuchad. No bien la justicia, armada de valor, había obligado á los ágiles soldados celtas á buscar su salvación en la fuga, cuando el Señor de Noruega, apreciando la superioridad de sus brillantes armas y nuevos envíos de hombres, empezó otra vez el ataque.

DUN. No atemorizó esto á nuestros capitanes Macbeth y Banquo?

SARG. Sí, como el gorrión al águila ó la liebre al león. A decir verdad he de añadir que parecían cañones cargados con doble metralla según redoblaban sus golpes sobre el enemigo, sin que pueda afirmar

si intentaban bañarse en el mar de sangre humeante ó reproducir el Gólgota. Pero estoy débil y mis heridas piden socorro.

DUN. Ellas y tus palabras te honran de igual modo. Que le vea un cirujano. (Sale el sargento acompañado de soldados.) ¿Quién viene? (Dirigiendo la mirada á un personaje que se acerca.)

MALC. El noble baron de Ross.

LEN. ¡Qué ansiedad se adivina en sus miradas! Su aspecto es el de quien tiene que comunicar grandes noticias.

ROSS. ¡Viva el Rey!

DUN. ¿De dónde vienes, noble baron?

ROSS. De Fife, gran monarca, donde las banderas noruegas desafían al cielo y hielan de terror á nuestras gentes. El mismo rey de Noruega al frente de un ejército enorme y auxiliado por el traidor más infame, el baron de Caudor, empezó un combate terrible; mas el desposado con la Diosa de la guerra, armado hasta los dientes, le atacó con igual fiereza, cruzó su espada con la del rebelde y luchó brazo á brazo, llegando á dominar su valor pródigo; y al fin fué nuestra la victoria.

DUN. ¡Gran fortuna!

ROSS De modo que Sueno, rey de Noruega, pretende un acuerdo; pero no le hemos consentido que entierre á sus muertos mientras no nos ha entregado en la Isla de San Colme una indemnización de diez mil duros.

DUN. No volverá á hacer traición á los intereses que nos son caros ese baron de Caudor. Anunciad su sentencia de muerte y con su título saludad á Macbeth.

ROSS Así se hará.

DUN. Lo que él ha perdido, el noble Macbeth lo ha ganado.

ESCENA III

BRUJAS 1.ª, 2.ª y 3.ª Después MACBETH y BANQUO.

LAS 3 BR. (Corriendo y dando vueltas por el escenario. Gritan á un tiempo.) Un tambor, un tambor. Macbeth viene. (Se detienen, se dan la mano y dan nueve vueltas, bailando y cantando.)
Las tres hechiceras, hermanas del hado
giremos así, dándonos la mano,
mensajeras de la tierra y del mar;
tres vueltas por tí, tres vueltas por mí,
y tres vueltas más serán nueve; así.
(Deteniéndose de repente.)
El encanto ha concluído, callad.
(Entran Macbeth y Banquo.)

MACB. Día más terrible y más hermoso á un tiempo jamás lo he visto.

BAN. ¿Estamos lejos de Forres? (Reparando en las brujas.) ¿Qué clase de criaturas son éstas tan secas y de tan extraño modo ataviadas que no parecen habitantes de la tierra aunque andan por ella? ¿Vivís; sois algo que el hombre pueda interrogar? Al poner los dedos sarmentosos en vuestros descarnados labios dais á entender que me comprendeis; creería que sois mujeres sino fuera por esas barbas que me ponen en duda.

MACB. (Con imperio.) Hablad, si podeis. ¿Qué sois?

BR. 1.ª Salve, Macbeth! Salud, baron de Glamis!

BR. 2.ª Salve, Macbeth! Salud, baron de Caudor.

BR. 3.ª Salve, Macbeth! Tú serás rey!
(Macbeth, sin poderlo evitar, hace un movimiento que revela la profunda impresión que le produce la profecía.)

BAN. (á Macb.) ¿Por qué, señor, os estremeceis? ¿Por qué os mostrais temeroso de cosas que tan agradables son al oido? (á las brujas.) Decid, en nombre de la verdad; ¿sois séres fantásticos ó sois lo que realmente

pareceis? Saludais á mi noble compañero con tan hermoso título para hoy y tan grandes augurios de nobleza y aun de llegar á la corona, que parece extasiado; á mí nada me decís. Si es que conoceis la semilla del tiempo y podeis decir qué grano germinará y cuál no, habladme, que yo ni os pido favor ni temo vuestro odio.

BR. 1.ª ¡Salve!

BR. 2.ª ¡Salve!

BR. 3.ª ¡Salve!

BR. 1.ª Serás menos que Macbeth y más grande.

BR. 2.ª No serás tan felíz y sin embargo serás más felíz.

BR. 3.ª (Como aclarando los dos enigmáticos conceptos anteriores.) Engendrarás reyes, aunque tú no lo seas; así pues, ¡salud, Macbeth y Banquo!

BR. 1.ª ¡Banquo y Macbeth, salud!

MACB. (Rehaciéndose del estado de arrobamiento en que le habían sumido las profecías de las brujas y deseoso de averiguar todo lo posible.) Esperad, charlatanas ignorantes, y decidme. Sé que por muerte de Sinel, mi padre, soy baron de Glamis; pero ¿por qué de Caudor? El baron de Caudor, caballero afortunado, vive, y el ser rey no es más creíble que el ser Caudor. Decid: ¿de dónde nace esa extraña idea ó por qué en este páramo abrasado deteneis nuestros pasos con semejantes proféticos saludos? Hablad, os lo mando.

(Las brujas, convirtiéndose en humo, desaparecen.)

BAN. La tierra tiene burbujas como el agua; esos seres lo demuestran. ¿A dónde se han ido?

MACB. Al aire; y lo que parecía corpóreo se ha fundido en él como el aliento. (Sin poder ocultar su disgusto.) Ojalá se hubieran quedado!

BAN. ¿Han estado aquí verdaderamente los seres de que hablamos ó es que hemos comido la raíz que perturba la razón?

MACB. (Dominado por una idea fija.) Vuestros hijos serán reyes.

BAN. Vos sereis rey.

MACB. Y baron de Caudor también; ¿no fué así?

BAN. Esos fueron su acento y sus palabras. ¿Quién está aquí? (A Ross y Angus que entran.)

ROSS Macbeth, el rey ha recibido con alegría las noticias de tu éxito y al conocer el riesgo que tu persona ha corrido en el combate con los rebeldes no sabe qué es mayor, si la admiración que en él has despertado ó las alabanzas que mereces. Y discurriendo sobre los demás acontecimientos del mismo día cree verte en las intrépidas filas noruegas sin que te arredraran tus actos, extrañas imágenes de la muerte. Los mensajeros han llegado unos tras otros sin darse tiempo para el relato, portadores todos de las alabanzas que merece la gran defensa que has hecho de su reino, que todos cantan por igual.

ANG. Nosotros somos enviados para darte gracias en nombre del rey nuestro señor; no para pagarte, sino para conducirte ante él.

ROSS Y como prenda de un honor más grande me mandó que, en su nombre, te proclamara baron de Caudor. Con este título, pues es tuyo, te saludo, noble baron!

BAN. (Aparte.) ¡Cómo! ¿Es posible que el diablo diga verdad?

MACB. El baron de Caudor vive: ¿por qué me vestís con ropas ajenas?

ANG. El que fué baron vive todavía, pero bajo el peso de una sentencia de muerte. Yo no sé si estaba de acuerdo con los noruegos, si les ayudó con auxilios disimulados, ó si de ambos modos ha trabajado en daño de su país; lo cierto es que traiciones importantes, confesadas y probadas, han dado al traste con él.

MACB. (Aparte y con acento que revele que en él ha hecho presa la ambición.) Barón de Glamis y de Caudor; después vendrá lo más grande. (A Ross y Angus.) Gracias por vuestras molestias. (A Banquo) ¿No esperais que vuestros hijos

sean reyes cuando no les han prometido menos los seres que me dieron el título de baron de Caudor?

BAN. Eso, creído con fé absoluta, podría inflamar vuestra pasión por la corona después de poseer el baronato de Caudor. Es extraño; pero á menudo el diablo nos dice la verdad para causar nuestra perdición y nos seduce con honrosas bagatelas para hacernos traición en las cosas más graves. Amigos, escuchad un momento.

MACB. (Aparte, con honda preocupación.) Dos verdades han dicho como prólogo felíz del acto culminante que ha de exaltarme al trono. (Contestando á saludos y felicitaciones.) Gracias, señores. (Aparte.) La solicitud con que me han hablado los seres sobrenaturales no puede ser mala; no puede ser buena. Si mala ¿por qué me ha dado prueba del éxito, comenzando verdad?; soy barón de Caudor. Si buena, ¿por qué me entrego á esa sugestión cuya horrible imagen me eriza el pelo y hace que mi corazón lata de modo violento? Los temores que hoy siento no son tan grandes como las horribles fantasías que forja mi mente; mi pensamiento, en el cual el crimen es todavía una quimera, de tal modo agita mi simple condición natural que su función se ahoga en la duda y nada existe para mí sino lo que no existe.

BAN. (A sus amigos, señalando á Macbeth.) Ved qué absorto está nuestro compañero.

MACB. (Siguiendo en sus meditaciones.) Si el acaso quiere que yo sea rey, el acaso me coronará sin que yo me mueva.

BAN. (A sus amigos.) Los nuevos honores le están como la ropa nueva, que no se amolda al cuerpo sino con el uso.

MACB. (Aparte, abstraído.) Suceda lo que quiera, el tiempo camina hácia el día terrible.

BAN. Noble Macbeth, estamos á vuestras órdenes.

MACB. Perdonadme; mi cerebro loco estaba preocupado con cosas olvidadas. Vuestras molestias, bondadosos señores, quedan escritas en libro (señalando al pecho.) que hojeo todos los días. Vamos á ver al rey. (Aparte á Banquo.) Pensad en lo ocurrido; meditaremos, y más adelante podremos comunicarnos con más libertad nuestros sentimientos.

BAN. (Aparte á Macbeth.) Con mucho gusto.

MACB. (Aparte á Banquo.) Nada más hasta entonces. Vamos, amigos.

(Salen Macbeth y Banquo delante, siguiéndoles los demás personajes.)

MUTACIÓN

ESCENA IV

Interior del Castillo de Macbeth: á la izquierda y á la derecha escaleras. En el fondo una puerta grande, tosca. A la derecha una gran columna que oculta parte de la escalera y en la parte alta de aquélla una palomilla, de la cual pende una luz pobre, única que alumbra la habitación. Junto á la columna una gran silla de roble,

LADY MACBETH; vestida con magnífico y ámplio traje obscuro, con el pelo rubio caído en trenzas por la espalda; después un CRIADO y más tarde MACBETH.

LADY MAC. (Entra con una carta, en la mano, que lee acercándose á la luz, haciendo pausas para volver á leer y deleitarse en los párrafos que más la impresionan ó extrañan, sentándose al final en actitud soñadora, embargada la mente por las promesas de que habla la carta.) Se me aparecieron el día de la victoria y he visto de manera infalible que poseen algo más que la ciencia mortal. Cuando yo ardía en deseos de seguir interrogándolas se convirtieron en aire en el cual desaparecieron. Absorto estaba por la extrañeza que esto me produjo cuando llegaron mensajeros del Rey y me aclamaron como «Baron de Caudor», título con el cual me habían saludado antes las hermanas so-

brenaturales, anunciándome lo porvenir con estas palabras: «Salud, tú serás rey!» He creído que debía comunicártelo, mi muy querida compañera de grandeza, para que no dejaras de saborear esta alegría por ignorar la elevada dignidad que te han prometido. Guárdalo en el fondo de tu alma. Adiós». (Deja caer la mano en que tiene la carta, mientras con la otra coge un retrato miniatura de su marido, que mira con amor. Representa.) Eres Glamis y Caudor y serás lo que te han prometido. Sin embargo temo tu naturaleza. Está demasiado impregnada de la dulzura de la humana bondad para que escojas el camino más corto. Tú querrías ser grande; no te falta ambición para serlo, pero querrías satisfacerla sin ser malo. Por los medios más virtuosos querrías elevarte á las mayores alturas y aun cuando no rechazarías un bien mal adquirido tampoco te gustaría valerte de malas artes. Desearías haber cometido ya el crimen que te grita «así has de obrar si quieres conseguir la corona; ejecuta eso mismo que temes y deseas que no deje de hacerse», oh gran Glamis! Apresúrate á venir para que yo vuelque todas mis energías en tus oídos y desvanezca con la fuerza de mis palabras las dudas que te apartan del áureo círculo con que el hado y la protección sobrenatural parece que desean ceñirte. ¿Qué noticias traes? (al criado que entra acompañando á un mensajero.)

MENSAJ. El rey llega aquí esta noche.

LADY MAC. Tú estás loco. ¿No está tu señor con él? Pues de ser eso cierto me hubiera dado aviso para que todo estuviera preparado.

MENSAJ. Perdonad, pero es verdad. Nuestro señor viene. Uno de mis compañeros ha sido enviado delante de él y casi muerto de fatiga apenas ha tenido aliento para dar cuenta de su encargo.

LADY MAC. Cuidadle, (dirigiéndose al criado) que trae gran-

des noticias. (Salen el mensajero y el criado. Se oye el graznido de un cuervo.) El mismo cuervo que anuncia con sus graznidos la entrada fatal de Duncan bajo mis almenas, está ronco. ¡Venid, espíritus que inspirais las ideas de muerte, despojadme de mi sexo é inundad todo mi sér de la crueldad más espantosa! ¡Vigorizad mi sangre; impedid el acceso y paso al remordimiento para que ningún llamamiento escrupuloso de la naturaleza debilite ni retrase mi sanguinaria resolución! ¡Venid á mis senos de mujer y trocad en hiel la leche, oh ministros del crimen, que en vuestra sustancia invisible seguís por donde quiera las maldades de la naturaleza! ¡Ven, noche oscura y envuélvete en el humo más denso del infierno para que mi agudo puñal no vea la herida que abre ni el cielo mire á través de la capa de tinieblas para gritar: «¡Detente, detente»! (Dirigiéndose á Macbeth que avanza entre las tinieblas.) Gran Glamis, ilustre Caudor, más aún, según el saludo que después te hicieron; tu carta me ha transportado más allá de esta hora ciega y ya siento lo futuro en lo presente.

MACB. Mi muy amada, Duncan llega esta noche.

LADY MAC. (Queriendo averiguar su pensamiento.) ¿Y cuándo se marcha?

MACB. (Con intención equívoca.) Mañana según dice.

LADY MAC. (Con enérgico y violento arranque.) ¡Oh, nunca verá el sol ese mañana! Tu rostro, señor, es un libro donde pueden leerse cosas extrañas. Para pasar agradablemente el tiempo finge según las circunstancias; da la bienvenida con la mano, con la mirada, con las palabras; preséntate como la flor inocente, pero sé el áspid que debajo de ella se oculta. Agasaja al huésped y confía á mi cuidado la gran obra de esta noche; su ejecución nos dará la autoridad y el dominio supremos mientras vivamos.

MACB. Ya hablaremos de esto.

LADY MAC. Ten valor; que el miedo no se refleje en tu cara. Lo demás es cosa mía.
(Sale.)

ESCENA V

MACBETH; después LADY MACBETH.

MACB. Si ya realizado el acto todo hubiera concluído, entonces convendría obrar con rapidez. Si el asesinato no trajera consecuencias y su terminación asegurara el éxito, de modo que este golpe fuera el todo y el fín, aquí, quedando limitado á esta vida, entonces no pensaríamos en la futura desde estas orillas y bajos del mar del tiempo. Pero en estos casos nos alcanza el juicio de los hombres y las mismas lecciones sanguinarias que enseñamos se vuelven contra el maestro para atormentarle; la justicia imparcial acerca á nuestros propios labios el cáliz envenenado de que nos servimos. Al (refiriéndose al rey) debe estar aquí doblemente seguro; primero, porque soy su pariente y su vasallo, razones poderosas contra el crimen; después, porque soy su huésped y como tal debería cerrar la puerta al asesino, no llevar yo mismo el puñal. Además, este Duncan ha ejercido el poder tan bondadosamente, ha sido tan justo en su alto cargo, que sus virtudes, como ángeles apocalípticos, pregonarán la maldición tremenda de su muerte (exaltándose) y la piedad, semejante á tiernos amorcillos que cabalgaran en las ráfagas ó á querubines celestes montados en los invisibles corceles del aire, azotará los ojos con el hecho abominable hasta

anegar de lágrimas el espacio. No tengo otra espuela que aguijonée los flancos de mi intento que la ambición impetuosa, la cual, excediéndose en el salto, va más allá de donde se propone. (Dirigiéndose á Lady Macbeth que entra.) ¡Hola! ¿qué noticias hay?

LADY MAC. Ya casi ha concluído de cenar. ¿Por qué has salido del comedor?

MACB. ¿Ha preguntado por mí?

LADY MAC. Pues qué ¿no lo sabes?

MACB. Tenemos que abandonar este proyecto; acaba de concederme honores y yo he conquistado una gran estimación de gentes de todas clases que debo ostentar en todo su esplendor, no desecharla tan pronto.

LADY MAC. ¿Era pues la que sentías una esperanza ébria que ha dormido y despierta ahora para contemplar pálida, lívida de terror, lo que entonces vió tan tranquila? Tu amor me parecerá igualmente mudable desde este momento. ¿Temes ser en tus actos y en tu arrojo el mismo que en tus deseos? ¿Querrías poseer lo que estimas ornamento de la vida juzgándote cobarde en tu fuero interno, y pensar que querrías una cosa pero no atreviéndote á emplear los medios para conseguirla?

MACB. Basta, te lo ruego. Yo hago todo lo que sea digno del hombre sin que nadie pueda excederme en ese sentido.

LADY MAC. ¿Qué locura fué entonces, la que te movió á participarme tu intento? Cuando osabas ponerlo en práctica procedías virilmente y más hombre demostrarías que eres, realizándolo. Ni la ocasión ni el lugar que buscabas se te brindaban entonces; ahora se te ofrecen, (Con acento de lástima) y ¡eso te desconcierta! (Con firmeza.) Yo he amamantado á mi hijo y sentido toda la ternura de su amor; pero hubiera arrancado el pecho de sus encías desnudas mientras él me sonreía y le hubiera

destrozado el cráneo (con fiereza) de haberlo jurado así, como tú has jurado esto otro.

MACB. ¿Si diéramos el golpe en falso?

LADY MAC. ¡Si lo diéramos! (con energía) ¡Fórmate una resolución inquebrantable y no fracasaremos! (Con acento persuasivo.) Cuando Duncan duerma (á lo cual le invitará la dura jornada de hoy) yo venceré por la embriaguez á sus dos chambelanes, convirtiendo en humo la memoria, guardiana del cerebro y en alambique el receptáculo de la razón. (Con cinismo.) Cuando en sueño grosero, en sueño de muerte, se suman sus cuerpos embriagados ¿qué no podremos hacer del abandonado Duncan y de sus oficiales, verdaderas esponjas embebidas en vino, que cargarán con la culpa de nuestro gran crimen?

MACB. No des á luz más que varones, únicos seres que puede engendrar tu indomable naturaleza. Cuando hayamos teñido de sangre á los dos que duermen en su misma habitación y empleado sus mismas dagas, ¿no dudarán que lo hayan hecho ellos?

LADY MAC. ¿Quién se atreverá á dudarlo cuando oiga los rugidos de dolor que nos arranque su muerte?

MACB. Estoy resuelto y preparo todas mis energías para este acto terrible. Vamos y aparezcamos en estos momentos con el semblante más sereno. Ocultemos bajo la hipocresía del rostro los pensamientos de un corazón traidor. (Salen.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración de las dos últimas escenas. El escenario casi á oscuras, sin más luz que la que cuelga de la columna.

ESCENA PRIMERA

BANQUO y FLEANCIO que entran precedidos de un criado con una antorcha; después MACBETH.

BAN. ¿Qué hora será?

FLE. No he oído el reloj, pero ya se ha ocultado la luna.

BAN. Se pone á media noche.

FLE. Creo que es más tarde, señor.

BAN. Calla, toma la espada. Hay economía en el cielo pues tiene apagadas todas sus luces. Toma esto también (dándole el casco.) (Aparte.) Un gran sueño pesa sobre mí como losa de plomo, y sin embargo, no querría dormir ¡Potencias misericordiosas, refrenad en mí los pensamientos malditos á los cuales la naturaleza da rienda suelta en el descanso! (Dirigiéndose á su hijo.) Dame la espada. ¿Quién está ahí?

MACB. Un amigo.

BAN. ¡Cómo, señor! ¿aún no os habeis acostado? El Rey está en la cama; ha demostrado un placer muy vivo y hecho espléndidos regalos á vuestros oficiales. Con este diamante obsequia á vuestra esposa diciendo que es la huéspeda más amable... Se ha retirado extraordinariamente contento.

MACB. No estando preparados hemos tenido que someternos á la falta de medios sin poder demostrar, como hubiéramos querido, nuestra buena voluntad.

BAN. Todo está bien. La noche pasada soñé con las tres hermanas fatales, que al hablaros os han dicho algunas cosas ciertas.

MACB. (Hipócritamente.) No pienso en ellas; sin embargo, cuando podamos dedicarles un rato perdido hablaremos de ese asunto si lo deseais.

BAN. Estoy á vuestras órdenes.

MACB. (Explorando su ánimo.) Si accedeis á mis deseos cuando la ocasión se presente alcanzareis honor.

BAN. Con tal que no pierda nada del que tengo al tratar de aumentarlo y conserve el pecho honrado y pura la lealtad, admitiré el consejo.

MACB. Descansad en tanto.

BAN. Gracias, señor, lo mismo os deseo.

(Salen BANQUO y FLEANCIO. Desde este momento empieza la tempestad que durará hasta el final de la escena segunda de este acto arreciando el silbido del viento, el ruido de los truenos y el fulgor de los relámpagos, cuando Macbeth comete el crimen, y durante toda la situación siguiente, aunque ya con menos intensidad. De vez en cuando se oye el canto lúgubre del buho.)

MACB. (A un criado, á quien llama.) Vé, dí á tu señora que toque la campana cuando esté preparada mi bebida. Acuéstate. (Sale el criado) (Con alucinacion.) ¿Es una daga lo que veo delante de mí, con el puño vuelto hacia mi mano? ¡Ven, que pueda yo cogerte! ¡No te tengo, no, pero te sigo viendo! ¿No eres, visión fatal, sensible al tacto como á la vista? ¿O sólo eres una daga imaginaria, una falsa creación de mi cerebro oprimido por la fiebre? No, que yo te veo en forma tan real como esta que ahora desenvaino. (Sacándola de la vaina.) Tú, instrumento apropiado para mi crimen, me indicas el camino que he de seguir. (El actor declamará dando frente á la puerta por donde ha de entrar á la habitación del rey, que está á la derecha.) En mis ojos se

concentra el extravío de los demás sentidos ó más bien asúmen la vida de todos ellos. ¡Sigo viéndote! (con exaltación) y en tu hoja y en tu mango aparecen gotas de sangre que antes no había. (Transición. Se pasa la mano por la frente.) No es eso; es que me lo hace ver así la idea del crimen. En estos momentos la mitad del mundo parece muerta y sueños terribles profanan el tranquilo reposo de la noche; las brujas celebran sus sacrificios en honor de la pálida Hécate; y el viejo espíritu del crimen, alarmado por su centinela el lobo, cuyo aullido es su voz de alerta, así se mueve con paso furtivo hacia su presa, como un espectro. ¡Oh, tierra firme y sólida, no oigas mis pasos ni sepas á donde se dirigen; que tus mismas piedras lo denunciarían quitando la ocasión favorable de este momento horroroso. Mientras yo amenazo él vive; las palabras son aire que enfría el ardor de la voluntad. (Suena una campana que indica que Lady Macbeth lo ha dejado todo dispuesto y llama á su marido para que mate al rey.) Voy y todo ha terminado; la campana me llama. ¡No la oigas, Duncan, que dobla por tí, llamándote al cielo ó al infierno! (Sale por la puerta de la derecha, subiendo luego por la escalera, que conduce á las habitaciones del rey.)

ESCENA II

LADY MACBETH y MACBETH

LADY MAC. (Entrando por la puerta del fondo.) Lo que les ha adormecido á ellos me ha enardecido á mí; lo que les ha extinguido ha inflamado mi espíritu. ¡Escuchemos, silencio! Ha sido el canto del buho, el vigilante fatal que da las buenas noches del modo más

siniestro. (Se acerca con cautela al pilar que hay junto á la puerta por donde salió Macbeth.) Ya estará próximo á descargar el golpe; las puertas están abiertas y los criados ahitos se burlan de los deberes de su cargo con sus ronquidos. He recargado de drogas sus bebidas de modo que la muerte y la naturaleza se los disputarían con igual razón como suyos.

MACB. (Desde adentro, asomándose en los pelpaños más altos de la escalera.) (Aparte.) ¡Hola! ¿Quién está ahí?

LADY MAC. (Aparte.) Ay! temo que hayan despertado antes de consumar el hecho y el intento descubierto, no el crimen, sería nuestra perdición. ¡Silencio! He dejado preparados los puñales; seguramente los habrá encontrado. (Refiriéndose al rey.) Si no se hubiera semejado á mi padre dormido, yo misma lo hubiera hecho (Dirigiéndose á Macbeth, que entra.) ¡Esposo mío!

MACB. (Con espanto.) Ya he dado el golpe. ¿No oiste un ruido?

LADY MAC. He oído el canto del grillo y el grito del buho.

MACB. No has hablado?

LADY MAC. ¿Cuándo, ahora?

MACB. Cuando yo bajaba.

LADY MAC. ¡Yo!

MACB. (Sobrecogido de terror.) ¡Silencio! ¿Quién duerme en la segunda habitación?

LADY MAC. Donalbáin.

MACB. (Mirándose con horror las manos.) ¡Esto es indigno!

LADY MAC. Es una locura que digas eso.

MACB. (Abstraído y con espanto.) Uno de ellos rió soñando y el otro gritó ¡al asesino! despertándose mútuamente. Me detuve á escucharlos, pero rezaron y se durmieron otra vez.

LADY MAC. (Indiferente.) Son los dos que duermen en el mismo aposento.

MACB. (Continúa en el mismo tono como si no hablara con su

esposa.) Uno exclamó «¡Dios nos bendiga!» y «Amén», el otro, como si me hubieran visto con estas manos de verdugo. Viendo su espanto no pude decir «Amén» cuando exclamaban «¡Dios nos bendiga!»

LADY MAC. No lo tomes tan á pecho.

MACB. (Siguiendo en su abstracción.) Pero ¿por qué no pude yo decir «Amén»? Más que nunca necesitaba la bendición del cielo (delirante) y «Amén» se me atascó en la garganta.

LADY MAC. Estas cosas no deben tomarse así; de lo contrario nos volverían locos.

MACB. (Pequeña pausa.) (Exaltándose.) Me pareció oir una voz que gritaba: «¡No duermas más; Macbeth asesina al sueño!» ¡El sueño inocente, el sueño que desenreda la enmarañada madeja de los cuidados; la muerte de la vida cotidiana; el baño del amargo trabajo; el bálsamo dè las almas enfermas; el segundo agente de la gran naturaleza y principal proveedor del banquete de la vida!

LADY MAC. Pero ¿qué significa todo eso?

MACB. (Delirante.) La voz gritaba por toda la casa. «¡No durmais más; Glamis ha matado al sueño y así Caudor no dormirá más, Macbeth no dormirá más!» (El actor quedará en la actitud que le dicte su talento.)

LADY MAC. (Con frialdad.) Y ¿quién era el que así gritaba? No pierdas el hermoso vigor de tu espíritu pensando tan locamente. Vé, busca agua y quítate de la mano ese sucio testigo. ¿Por qué has traído las dagas? Deben quedar allí; llévalas y salpica de sangre á los criados dormidos.

MACB. No volveré más; me horroriza pensar en lo que he hecho. Me falta valor para verlo otra vez.

LADY MAC. ¡Qué débil eres! Dame las dagas. Los durmientes y los muertos son como figuras pintadas y sólo á un niño puede espantar la imagen del diablo. Si arroja sangre,

con ella teñiré las caras de los criados: el crimen debe parecer suyo. (Sale por la puerta de la derecha, dirigiéndose valerosamente á las habitaciones del rey. Se oye un recio aldabazo hácia el fondo.)

MACB. ¿Dónde suena ese aldabazo? (Pausa.) ¿Qué me pasa, que cualquier ruido me aterra? ¡Qué manos, oh!; me ciegan de espanto. ¿Podrá limpiar la inmensidad de los mares esta sangre que mancha mi mano? No; más bien enrojecería ella sola la masa enorme de sus verdes aguas.

LADY MAC. (Entrando nuevamente y dirigiéndose á su marido.) Mis manos tienen el mismo color que las tuyas; pero si mi corazón fuera tan blanco como el tuyo, me avergonzaría de él. (Llaman otra vez.) Llaman en la puerta del sur; retirémonos á nuestras habitaciones. Un poco de agua nos deja limpios de culpa; ¡ya ves cuán fácil es! Te ha abandonado tu fortaleza. (Llaman más fuerte.) ¡Silencio! siguen llamando. Ponte la bata de noche; temo que las circunstancias reclamen nuestra presencia y nos encuentren despiertos. (Con acento desdeñoso é imperativo.) No te pierdas tan pobremente en tus pensamientos.

MACB. (Con expresión suprema de amargura y desaliento.) Mejor fuera no conocerme que conocer mi hazaña. (Llaman con más fuerza. Macbeth habla como increpando al que llama.) ¡Despierta á Duncan con tu aldabazo! (Revelando un profundo remordimiento.) ¡Ójala pudieras! (Salen.)

ESCENA III

PORTERO. Después MACDUFF y LENNOX; MACBETH, LADY MACBETH, BANQUO, ROSS, MALCOLM y DONALBAIN, Criados. (Empieza á verse la luz del día.)

PORT. (Oyendo los golpes que dan en la puerta.) ¡Eso es llamar de veras! Si uno fuera portero del infierno tendría que estar siempre

dando vueltas á la llave. (Más aldabazos.) ¡Llama, llama, llama! ¿Quién es, en nombre de Belcebú? Seguramente es un labrador rico que se ahorcó porque esperaba una gran cosecha que no vino; sed más oportuno y traed muchos pañuelos, que ya os hará sudar el llamar de ese modo. (Siguen llamando.) ¡Llama, llama! ¿Quién es en nombre de todos los diablos? A fé mía; ha de ser un aficionado á usar de equívocos, que podría jurar por los dos platillos de la balanza uno en contra del otro; que cometió bastantes traiciones en nombre de Dios pero no ha podido encontrar equívoco para el cielo. ¡Oh, equivoquista, entra! (Llaman.) ¡Llama, llama, llama! ¿Quién es? Será un sastre inglés que haya sisado tela de unos pantalones franceses, para lo cual ya hace falta maña, según lo cortos y estrechos que son; pasad, sastre, aquí podeis calentar vuestras planchas. (Llaman.) ¡Llama, llama; no lo dejes! ¿Qué clase de diablo eres? Pero este sitio es muy frío para infierno; ya no quiero hacer más las veces de diablo-portero: yo había pensado permitir la entrada á algunos de todas las profesiones que van por un camino de flores á las luminarias eternas. (Llaman.) ¡Voy al momento! Os ruego que no dejeis de dar una propina al portero. (Abre la puerta del fondo entrando Macduff y Lennox.)

MACD. (Dirigiéndose al Portero.) ¿Tan tarde era, amigo, cuando os habeis acostado que os levantais tan tarde?

PORT. En verdad, señor, hemos estado de juerga hasta el segundo canto del gallo.

MACD. ¿Se levanta tu señor? (Por Macbeth, que entra. Al verle se dirige hácia él.) Nuestros golpes le han despertado. Aquí viene.

LEN. Buenos días, noble señor.

MACB. Buenos días, señores.

MACD. ¿Se levanta el Rey?

MACB. Aún no.

MACD. Me mandó que le llamara temprano y casi se me ha pasado la hora.

MACB. Yo os guiaré á su hacitación.

MACD. Comprendo que es una molestia agradable para vos, pero no por eso deja de ser molestia.

MACB. El trabajo que nos agrada no cansa. Esta es la puerta.

MACD. No tengo más remedio que llamar puesto que es mi obligación. (Temiendo hacerlo por lo avanzado de la hora, llamándole la atención que no se haya levantado el Rey. Sale por la puerta de la escalera que hay á la derecha.)

LEN. ¿Se marcha hoy el Rey?

MACB. Sí, eso ha dicho.

LEN. La noche ha estado revuelta. Las chimeneas de nuestra habitación han sido derribadas por el viento, y según dicen se han oído lamentos en el aire, gritos extraños de muerte y profecías terroríficas de acontecimientos recien fraguados para estos días funestos. El ave de las tinieblas ha dejado oir su canto lúgubre toda la santa noche y hay quien dice que la tierra, febril, se ha estremecido.

MACB. Ha sido una noche borrascosa.

LEN. En mis pocos años no recuerdo ninguna semejante.

MACD. (Entra con ademanes descompuestos.) ¡Horror, horror, horror; ni hay corazón que te conciba ni lengua que te nombre!

MACB. } ¿Qué pasa?
LEN. }

MACD. ¡La iniquidad ha realizado su obra maestra; el asesinato más sacrílego ha profanado el templo ungido del Señor y arrebatado la vida del santuario!

MACB. ¿Qué decís? ¿La vida? (Fingiendo estupefacción.)

LEN. (Aterrado.) ¿La de Su Majestad?

MACD. (Con espanto.) Acercaos á su habitación y convertíos en piedras como á la vista de nuevas Gorgonas; no me mandeis que

hable. Ved y hablad luego vosotros mismos. (Macbeth, como poseído de espanto, y Lennox, se dirigen á las habitaciones de Duncan. Macduff, en el paroxismo del dolor sigue dando grandes voces.) ¡Despertad, despertad! ¡Tocad á rebato! ¡Asesinato y traición! ¡Banquo y Donalbain, Malcolm! despertad! ¡Sacudid el dulce sueño, apariencia de la muerte, para ver la muerte misma! ¡Levantaos, levantaos para contemplar la imágen del juicio final! ¡Malcolm, Banquo; alzáos como de vuestras tumbas y avanzad como espectros para ver este horror! Tocad la campana. (Un criado la toca.)

LADY MAC. (Entra con agitación aparente.) ¿Qué sucede para que nos desperteis de modo tan alarmante? ¡Hablad, hablad!

MACD. No oigais, noble señora, lo que yo puedo decir; mis palabras os matarían. (Dirigiéndose á Banquo que entra por la puerta del fondo.) ¡Oh, Banquo, Banquo, han matado al Rey nuestro Señor!

LADY MAC. ¡Oh, desgracia! Y en nuestra casa?

BAN. En cualquier parte sería igualmente cruel. Querido Macduff, dí por Dios que todo es mentira. (Entran nuevamente Macbeth, Lennox y Ross.)

MACB. Mi vida hubiera sido felíz terminando aunque sólo hubiera sido una hora antes de este suceso, pues desde ahora, muertos la gloria y el honor, ya nada queda digno de ella; se ha derramado el vino de la vida y sólo nos será dable vanagloriarnos de las heces. (Malcolm y Donalbain entran como anteriormente los demás personajes.)

DON. ¿Qué desgracia ha ocurrido?

MACB. La vuestra y no lo sabeis; se ha cegado el manantial, el origen, la fuente de vuestra sangre.

MACD. Han asesinado al Rey vuestro padre.

MALC. ¿Quién?

LEN. Al parecer los que hacían guardia en su cámara, pues tienen manchadas de sangre la cara y las manos, así como sus dagas,

que hemos encontrado, sin limpiar todavía, sobre las almohadas. Al verse sorprendidos se quedaron pasmados y se pusieron como locos. No se les debió confiar la vida de nadie.

MACB. Oh, sin embargo me arrepiento del arrebato que me ha hecho quitarles la vida.

MACD. ¿Por qué habeis hecho eso?

MACB. (En el centro del escenario y hablando con arrebato.) ¿Quién puede á un tiempo mismo ser prudente y estar aterrado, ser moderado en medio de la furia, ser leal é indiferente? Nadie. La impetuosidad de mi pasión violenta ha ido más allá del juicio sereno. (Hablando con frenesí y describiendo la escena del crimen.) Allí estaba Duncan, la blanca piel surcada de brillantes hilos de sangre, las heridas abiertas como una brecha que diera paso á la ruina devastadora, y á su lado los asesinos teñidos del color de su crimen con los puñales groseramente manchados todavía. ¿Quién, que tuviera corazón para amar y coraje para demostrar su amor, hubiera podido contenerse?

LADY MAC. ¡Oh, llevadme de aquí! (Cae desmayada.)

MACD. Cuidad á la señora.

MALC. (Aparte á Donalbain.) ¿Por qué enmudecen nuestras lenguas, las que más derecho tienen á emplear ese lenguaje?

DON. (Aparte á Malcolm.) ¿Qué podríamos decir aquí, en donde nuestro destino oculto quien sabe en qué parte, puede surgir violentamente y hacer presa en nosotros? Vámonos; no es tiempo de derramar lágrimas.

MALC. (Aparte á Donalbain.) Tampoco lo es de que nuestro profundo dolor manifieste su anhelo de venganza.

BAN. Cuidad á la señora. (Se llevan á Lady Macbeth.) Y cuando hayamos cubierto nuestra desnuda fragilidad que sufre, así expuesta, reunámonos y averigüemos todo lo posible acerca de este hecho sangriento. Nos

asaltan temores y escrúpulos. Yo me pongo bajo la mano poderosa de Dios para defenderme de cualquier sospecha pérfida que me atribuyera participación en un plan secreto contra el Rey.

MACD. Lo mismo yo.

TODOS Así todos.

MACB. Revistámonos pronto de una voluntad varonil y reunámonos en la sala.

TODOS De acuerdo. (Salen todos por la puerta del fondo, menos Malcolm y Donalbain.)

MALC. ¿Qué pensais hacer? No nos unamos á ellos; demostrar un dolor que no se siente es oficio que desempeñan bien los hipócritas. Yo me marcho á Inglaterra.

DON. Yo á Irlanda; separándonos estaremos más seguros. Aquí hay puñales en las sonrisas de los hombres y cuanto más próximo es el parentesco (haciendo un movimiento que alude al dueño de la casa, en quien sospechan por ser de sus parientes el que más derechos tiene á la corona.) más cerca se está de la muerte.

MALC. La flecha criminal que han disparado no ha llegado á tierra todavía, y lo mejor es evitar que nos alcance. A caballo, pues, y dejémonos de despedidas. Alejémonos, que cuando no hay piedad es poco todo el cuidado que se ponga en salvarse. (Salen por la puerta del fondo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salón de palacio con decoración de estilo gótico. Puertas en el fondo y en la izquierda, la de ésta, con un gran cortinaje. En este lado, un trono con dos sillas de respaldo alto para los reyes. Hora, la última de la tarde.

ESCENA PRIMERA

BANQUO; después MACBETH y LADY MACBETH como reyes, LENNOX, ROSS, señoras, señores, acompañamiento y dos Asesinos al final de la escena.

BAN. Ya lo tienes todo, rey, Caudor, Glamis, cuanto te prometieron las mujeres fatales y temo que lo hayas conseguido por los medios peores. Dijeron, sin embargo, que la corona no pasaría á tu descendencia, que era yo quien estaba destinado á ser el tronco y padre de muchos reyes. Si dicen verdad (como en tí se ha demostrado espléndidamente) ¿por qué no han de ser también mis oráculos, fundando yo mis esperanzas en profecías que en parte he visto ya realizadas? Pero, silencio, basta. (Toque de trompetas anuncia la llegada de Macbeth y Lady Macbeth, Lennox, Ross, señoras, señores y acompañamiento, que entran.)

MACB. Aquí está nuestro principal invitado (Hablando á Lady Macbeth é indicando á Banquo.)

LADY MAC. Si no os hubiérais acordado de él, hubiera habido un hueco en nuestro gran festín privándole de todo encanto.

MACB. Esta noche damos un gran banquete, señor, al cual os ruego que asistais.

BAN. Mande vuestra Majestad, á quien, de hoy para siempre, me unen lazos inquebrantables.

MACB. ¿Paseais á caballo esta tarde?

BAN. Sí, mi buen señor.

MACB. De no ser así hubiéramos solicitado vuestra opinión, siempre juiciosa y acertada, en el Consejo que hoy celebramos; pero será mañana. ¿Ireis muy lejos?

BAN. Hasta donde me permita el tiempo que falta para la hora de la cena; si mi caballo no se porta bien tomaré á la noche una ó dos de sus horas de tinieblas.

MACB. No falteis á nuestra fiesta.

BAN. No faltaré, señor.

MACB. Hemos sabido que nuestros sanguinarios primos han fijado su residencia uno en Inglaterra y el otro en Irlanda y que lejos de confesar su cruel parricidio relatan á los que quieren oirles las más extrañas invenciones. Pero ya hablaremos de eso mañana en el Consejo. A caballo en seguida; adiós, hasta la noche. Os acompaña vuestro hijo?

BAN. Sí, mi buen señor; el tiempo apremia.

MACB. Fío en los lomos de vuestros caballos y deseo que lleven una carrera veloz y segura. (Sale Banquo.) Adiós. (Dirigiéndose luego á los demás personajes.) Disponed del tiempo como os plazca hasta las siete de la noche. Queremos quedar sólo hasta la hora de la cena para acoger mejor á nuestros convidados. Hasta luego. ¡Dios os guarde! (Salen Lady Macbeth y personajes de la corte. Dirigiéndose Macbeth á un criado que espera órdenes.) Oye, una palabra, ¿esperan esos hombres mi mandato?

CRIADO Están en la puerta del palacio, Señor.

MACB. Que vengan. (Sale el criado.) De nada sirve ser rey si no se vive exento de peligros. Los temores que me inspira Banquo son muy grandes. En su naturaleza real imperan cualidades temibles; á todo se

atreve; y al temple indomable de su espíritu une la prudencia, segura guía de su valor. Sólo á él temo, sólo ante él vacilo, como Marco Antonio delante de César. La primera vez que las hermanas me dieron el título de rey, él las reprendió, ordenándolas que le hablaran. Ellas le saludaron proféticamente como fundador de una dinastía, en tanto que sobre mi cabeza colocaban una corona infecunda y en mi mano un cetro estéril, los cuales me habrían de ser arrancados por una mano extraña arrebatando á mis hijos el derecho de sucesión. Así, por los descendientes de Banquo habría manchado yo mi alma, por ellos habría matado al bondadoso Duncan; habría echado veneno en el cáliz de mi vida y vendido mi joya eterna sólo por su causa, porque ellos fueran reyes, (con exaltación) ¡reyes los descendientes de Banquo! ¡Antes que eso sea, ven, hado, á la palestra y guíame en la lucha hasta que caiga muerto! (Al criado que entra acompañando á los dos asesinos.) ¿Quién está ahí? Ve á la puerta y espera hasta que te llame. (Sale el criado.) ¿No fué ayer cuando hablamos?

ASES. 1.º Ayer fué, señor.

MACB. Y ¿habeis reflexionado mis palabras? Ya sabeis que él fué quien hace tiempo labró vuestro infortunio (que me atribuíais) como os demostré en nuestra última conferencia. También os he probado, punto por punto, que fuísteis engañados con falsas promesas, que fuísteis vejados, y medios de que se valió; y en fin, tales cosas os dije que, por pobre que fuera vuestro espíritu y obtusa vuestra inteligencia, habríais de decir «es obra de Banquo.»

ASES. 1.º Nos lo habeis demostrado.

MACB. Así fué, é hice más, de lo cual hablaremos en esta segunda entrevista. ¿Tanto

predomina en vosotros la paciencia que dejareis escapar esta ocasión? ¿Sentís el amor evangélico hasta el punto de rogar por ese santo varón y por su prole, siendo así que su dura mano os ha llevado al borde del sepulcro y arruinado á los vuestros para siempre?

ASES. 1.º Somos hombres, señor.

MACB. Al menos lo pareceis. Si ocupais un lugar en la lista de los seres humanos, que no sea el más despreciable, decidlo y confiaré á vuestro esfuerzo una empresa con cuya ejecución os librais de un enemigo y sereis gratos á nuestro corazón y nuestro afecto, haciendo perfecta nuestra vida que con la suya es desgraciada.

ASES. 2.º Soy hombre, señor, á quien hasta tal punto han irritado los reveses y villanías del mundo, que en nada reparo con tal de vengarme de él.

ASES. 1.º Y yo estoy tan cansado de la desgracia, tan maltratado por la fortuna, que pondría mi vida á una carta para mejorarla ó perderla.

MACB. Los dos sabeis que Banquo fué vuestro enemigo.

ASES. 1.º
ASES. 2.º } Verdad es, señor.

MACB. También lo es mío; y la enemiga es tan cruel que cada minuto de su vida es una amenaza de muerte para la mía. Y aunque yo podría, sin ambages, hacerle desaparecer de mi vista, no me conviene por ciertos amigos que nos son comunes y de cuyo afecto no puedo desprenderme, antes habré de llorar la pérdida que yo mismo cause. Por esto solicito vuestro auxilio disfrazando el hecho á los ojos de las gentes por varias razones poderosas.

ASES. 2.º Señor, haremos lo que nos ordeneis.

ASES. 1.º Aunque nuestras vidas.....

MACB. Entendiéndose bien que ninguna sospe-

cha debe recaer sobre mí. Y al mismo tiempo (para que el trabajo no deje nada que desear) Fleancio, su hijo, que le acompaña y cuya ausencia no es para mí menos importante que la de su padre, debe seguir la suerte de esa hora siniestra. Resolved aparte; soy con vosotros enseguida.

ASES. 1.º
ASES. 2.º } Estamos resueltos.

MACB. Os llamaré en seguida, quedad ahí dentro. (Salen los dos asesinos por la puerta de la izquierda.) Es cosa hecha. ¡Banquo, si el vuelo de tu alma ha de encontrar el cielo, lo encontrará esta noche. (Sale por la misma puerta que los asesinos.) (Pausa.)

ESCENA II

LADY MACBETH y un Criado. Después MACBETH.

LADY. MAC. (Entra hablando seguida del criado.) ¿Ha salido. Banquo de palacio?

CRIADO. Sí, señora, pero vuelve esta noche.

LADY MAC. Dí al rey que desearía hablarle un momento.

CRIADO Voy, señora. (Sale.)

LADY MAC. (Pensativa.) Nada es seguro, todo desaparece allí donde satisfacemos un deseo sin alegría; vale más ser la víctima que arrastrar esta vida de placer mentido que sigue al crimen. (Dirigiéndose á Macbeth que entra por el fondo, lentamente y distraído.) ¿Cómo estás, mi dueño? ¿Por qué vives siempre sólo, sin otra compañía que la de las ideas más tristes, preocupado con pensamientos que debieron morir al tiempo que los seres en que recaen? Las cosas irremediables no deben inquietar; lo que está hecho, hecho está.

MACB. (Con desesperación.) Hemos dividido en dos

la serpiente, no la hemos matado; tornarán sus miembros á juntarse formando el ser primitivo y nuestra pobre malicia seguirá, como antes, expuesta al peligro de su mordedura. ¡Desquíciese el sistema de las cosas, confúndanse el cielo y la tierra antes que seguir viviendo en contínuo sobresalto y dormir con el tormento de estos sueños terribles que nos agitan todas las noches! Cuánto mejor estaría con los muertos á quienes, por aumentar mi bien, procuré el eterno descanso que, torturado el espíritu, vivir en turbación incesante. (Con expresión suprema de amargura.) Duncan yace en su tumba. Después de la fiebre espasmódica de la vida duerme tranquilo; la traición no lo ha podido hacer peor: ni el puñal, ni el veneno, las discordias domésticas, la guerra exterior, nada le conmueve ya. (Abstraído, lleno de remordimientos, extendidos los brazos y la mirada fija en el espacio quedará en la actitud que al actor aconseje su talento.)

LADY MAC. (Con acento cariñoso y persuasivo.) Ven mi gentil dueño; alegra esa mirada sombría, muéstrate ingenioso y contento esta noche entre nuestros invitados.

MACB. Así lo haré, querida; haz lo mismo. Fija la atención en Banquo; demuéstrale de palabra y con los ojos que es para nosotros el primero. Menguada dicha la nuestra en tanto tengamos que lavar nuestra dignidad en esta corriente de la adulación y convertir nuestros semblantes en máscara del corazón, disfrazando sus verdaderos sentimientos.

LADY MAC. (Con amor.)No sigas así.

MACB. ¡Oh, mi alma está llena de escorpiones, esposa querida! (En tono comunicativo.) Tú sabes que Banquo y Fleancio viven.

LADY MAC. (Insinuando un pensamiento criminal.) Pero su vida no es eterna.

MACB. Hay un consuelo: se les puede asaltar.

Alégrate, pues. Antes que el murciélago haya lanzado el vuelo por los claustros; antes que á la voz de la negra Hécate el escarabajo de alas escamosas y zumbido soporífero haya tocado el repique perezoso de la noche, se habrá consumado un hecho de terrible resonancia.

LADY MAC. ¿En qué consistirá?

MACB. Ignóralo, amor mío, hasta que tengas que aplaudirlo. (Invocación.) ¡Ven, noche cegadora; venda los ojos amorosos del compasivo día, y con tu mano invisible y sangrienta anula y rompe en pedazos la promesa fatal que me tiene pálido! El día oscurece y el cuervo dirige su vuelo al bosque habitado por cornejas; las cosas bellas del día empiezan á desfallecer y adormecerse, mientras los negros agentes de la noche se lanzan á su presa. (Transición. A su esposa.) Mis palabras te extrañan, pero está tranquila. El mal acrecienta su vigor con el mal. Así, ven conmigo, te lo ruego. (Salen por la puerta de la izquierda.) (Pausa.)

ESCENA III

Se colocará en la derecha una mesa grande siendo la línea de su longitud perpendicular á la del fondo, y sillas alrededor; se celebra un banquete. Entre el trono y la mesa debe quedar buena parte del escenario para las situaciones dramáticas.

MACBETH, LADY MACBETH, ROSS, LENNOX, SEÑORES y CRIADOS. Después un asesino. (Lady Macbeth se sienta en el trono, Macbeth está de pié junto á ella, los demás de pié, á distancia respetuosa.)

MACB. Sentaos según vuestro rango; á todos os doy la más cordial bienvenida.

SEÑORES Gracias, Majestad. (Se sientan.)

MACB. Yo me sentaré con vosotros como huésped humilde. La reina ocupa su puesto de honor, pero cuando llegue el momento le pediremos que nos dé su bienvenida.

LADY MAC. Dadla en mi nombre, señor, á todos nuestros amigos, á quienes de corazón se la deseo. (Los caballeros se inclinan demostrando respetuoso agradecimiento.)

MACB. (A Lady Mac.) Te contestan agradecidos. En las dos partes de la mesa hay igual número de invitados; yo me sentaré en medio. (En la cabecera dando frente al público.) Derrochad alegría y brindemos. (Bebe; pausa.)

CRIADO (A la puerta de la izquierda, acompañando al asesino, á quien apenas se verá, medio oculto en los cortinajes.) Señor.

MACB. (Dirigiéndose hácia la puerta donde está el asesino, el criado se retira, Macbeth habla con el asesino.) Tienes sangre en la cara.

ASES. Pues es de Banquo.

MACB. Mejor es que esté ella fuera que él aquí dentro. ¿Le habeis despachado?

ASES. Le corté el pescuezo; le he hecho ese favor.

MACB. Eres el mejor degollador; pero tampoco lo es malo el que haya hecho lo mismo con Fleancio. Si has sido tú, no tienes rival.

ASES. Majestad, Fleancio ha escapado.

MACB. Entonces vuelve mi angustia. De no haber ocurrido eso yo hubiera vivido perfectamente tranquilo, inconmovible como el mármol, firme como la roca, libre y sin trabas como el aire que nos rodea. Ahora quedo encerrado, enjaulado, restringido por dudas y temores. Pero ¿está Banquo bien muerto?

ASES. Sí, mi buen señor; y en un foso con veinte cuchilladas en la cabeza, la menos importante mortal de necesidad.

MACD. Gracias. (Aparte.) Allí descansa la serpiente grande; la pequeña, que ha huído, aunque por naturaleza será venenosa con el tiempo, no tiene dientes hoy (al asesino.) Vete; mañana hablaremos. (Sale el asesino.)

LADY MAC. Señor, no comunicais alegría. Si durante la comida no demuestra el anfitrión el

gusto con que la da, el banquete, parece una limosna. Para comer así más vale quedarse en casa; fuera de ella la salsa de la comida es la cortesía del huésped, sin la cual el festín carecería de su principal ornamento.

MACB. ¡Dulce recordadora! Vamos, que una buena digestión siga al apetito y á los dos la salud.

LEN. Dígnese sentarse su Majestad. (Entra el fantasma de Banquo envuelto en un velo blanco é iluminado por un foco de luz y se sienta en la silla destinada á Macbeth.)

MACB. Aquí estaría albergado todo cuanto constituye la nobleza de mi reino si estuviera presente la digna persona de nuestro Banquo, á quien mejor querría reconvenir por falta de atención que compadecer por alguna desgracia.

ROSS. Señor, ha faltado á su palabra. Rogamos á Vuestra Majestad que nos honre con su compañía.

MACB. (Mirando con espanto hácia el sitio que él debe ocupar y sin atreverse á acercarse.) Todos los asientos están ocupados.

LEN. Aquí teneis reservado el vuestro, señor.

MACB. (Con extravío.) ¿Dónde?

LEN. Aquí, mi buen señor. ¿Qué os pasa?

MACB. (Con los ojos desencajados.) ¿Quién de vosotros lo ha hecho?

SEÑORES. ¿Cuál, señor?

MACB. (Dirigiéndose al espectro.) No puedes decir que lo hice yo; no agites ante mí la ensangrentada cabellera.

ROSS Levantaos, señores; el Rey no se encuentra bien.

LADY MAC. Sentaos, nobles amigos; eso le ocurre desde su juventud. Sentaos, os lo ruego; el acceso es momentáneo y dentro de un segundo volverá á estar bien. Si os fijais mucho en él le molestareis y aumentareis su delirio; comed sin reparar en él. (Aparte.) ¿Eres hombre?

MACB. (Más sereno y sin dejar de mirar á la silla vacía.) (Aparte.) Sí, y tan valiente que me atrevo á contemplar lo que al mismo Satanás le haría palidecer.

LADY MAC. (Aparte.) ¡Oh, pura hojarasca! Esto pinta bien á las claras tu miedo; así fué lo de la daga flotante en el espacio y que, según decías, te conducía á la cámara de Duncan. Estos sobresaltos y desvaríos, impostores del verdadero miedo, parecerían mejor en una conseja contada al amor de la lumbre en una noche de invierno. ¡Qué vergüenza! ¿Por qué haces esos gestos? Consumados los hechos te entretienes mirando una silla vacía.

MACB. (Exaltado.) ¡Mira allí, te lo ruego, mira, aquí está! (Dirigiendo la palabra al espectro.) ¡Ah! ¿qué decís? ¿Qué me importa? Habla, ya que mueves la cabeza. Si los osarios y las tumbas han de arrojar de su seno á los que enterramos, los estómagos de los milanos serán en adelante nuestros sepulcros. (Desaparece el fantasma.)

LADY MAC. (Aparte.) Pero ¿hasta ese punto te acobarda la locura?

MACB. (Aparte.) Como hay Dios que le he visto.

LADY MAC. (Aparte.) ¡Vamos, por pudor!

MACB. (Aparte.) En los tiempos antiguos, antes de que la ley humana regulara las acciones de la república, siempre, hasta hoy, se ha derramado sangre; y también desde entonces se han cometido asesinatos cuyo relato horroriza. Eran tiempos en que cuando se le cortaba la cabeza á un hombre, moría, y todo había concluído; pero ahora los muertos, después de recibir veinte heridas mortales en la cabeza, se levantan y nos arrojan de nuestras sillas. Esto es aún más extraño que el mismo crimen.

LADY MAC. (Haciendo ademán de acercarle á la mesa y hablando en voz alta.) Mi noble señor, vuestros dignos amigos reclaman vuestra presencia.

MACB. (Aparte.) Lo había olvidado. (Dirigiéndose á los convidados.) No os sorprendais, dignísimos amigos. Padezco una enfermedad extraña que nada tiene de particular para los que me conocen. Vamos, á todos os amo, á todos os deseo salud; me siento. Llenad mi copa hasta el borde. (Entra el fantasma por la pared, detrás de Macbeth.) ¡Brindo por la alegría de todos los que aquí estamos y por nuestro querido amigo Banquo, cuya ausencia lamento! ¡Ojalá estuviera aquí! Brindo por él y por todos.

SEÑORES Agradecemos el brindis al cual correspondemos.

MACB. (Que ha vuelto la cabeza al brindar ve el fantasma que se acerca á él. Horrorosamente descompuesto le dirige la palabra.) ¡Atrás, lejos de mi vista! ¡que la tierra te trague! ¡Tus huesos están secos, tu sangre está fría, no hay vida en esos ojos con que miras indignado!

LADY MAC. Señores, esto es un accidente habitual sin importancia; solo que destruye el placer de la reunión.

MACB. (En el mismo grado de exaltación y dirigiéndose al fantasma.) A lo que otro hombre se atreva me atrevo yo. Ven á mí bajo la forma del oso peludo de Rusia, del rinoceronte de dura piel ó del tigre de Hircania, toma otra forma que no sea esa y nunca temblarán mis nervios firmes; ó resucita y desafíame á cruzar mi espada con la tuya en un sitio solitario y si me ves temblar, dí que soy débil como un niño. Vete sombra horrible; apariencia fantástica, vete! (Desaparece el fantasma por la pared á través de la cual entró. Transición en el lenguaje de Macbeth.) Así, bien; al marcharse vuelvo á ser hombre (A los convidados.) Sentaos con tranquilidad, os lo ruego.

LADY MAC. Habeis ahuyentado la alegría é imposibilitado la fiesta con vuestra conducta, que á todos ha sorprendido.

MACB. (Dirigiendo la palabra á los convidados.) Pero, ¿es que pueden ocurrir estas cosas y pasar como nubes de verano sin causarnos admiración? Me llenais de asombro, aun en el estado de espíritu en que me encuentro, cuando pienso que podeis contemplar esos fantasmas sin perder el carmín de vuestras mejillas siendo así que las mías palidecen de terror.

ROSS Señor, ¿qué fantasmas?

LADY MAC. No le hableis, os lo ruego. Cada vez se pone peor; las preguntas le enfurecen. (Inclinándose y haciendo indicación de que se marchen.) Marchaos, buenas noches; al salir no os preocupe la etiqueta; alejaos en seguida.

SEÑORES Buenas noches; que su Majestad mejore.

LADY MAC. Buenas noches á todos. (Salen los convidados, quedando Macbeth, que no contesta á sus saludos, en la actitud que al actor inspire su talento).

MACB. (Aparte.) Habrá sangre; dicen que la sangre llama á la sangre. Se ha visto moverse las piedras, hablar los árboles; los augures y la interpretación de comunicaciones secretas de urracas, chovas y cornejas han descubierto al criminal más oculto. (A su mujer.) ¿Va muy avanzada la noche?

LADY MAC. En lucha con el día, á ver cual vence.

MACB. ¿Por qué te parece que Macduff se ha negado á aceptar nuestra invitación que para él es un mandato?

LADY MAC. ¿Le has ordenado que venga, Señor?

MACB. (Como hablando consigo mismo.) Sospecho algo; pero haré que venga. No hay ninguno de ellos en cuya casa no tenga yo un espía. Mañana iré, temprano, á ver á las hermanas fatales; ellas hablarán, que estoy determinado á conocer lo peor por los medios más indignos. Todo se someterá á mi voluntad. Tanto he avanzado en un río de sangre que me sería igualmente enojoso retroceder ó acabar de atrave-

sarlo. En mi cabeza bullen cosas extrañas que ejecutará mi mano sin detenerse mucho á examinarlas.

LADY MAC. Necesitas el sueño, bálsamo reparador de todas las naturalezas.

MACB. Vamos pues á dormir. Mi extraño olvido de mí mismo es el terror novicio que necesita empedernirse con la costumbre; aún somos principiantes en la carrera del crimen. (Salen.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La escena representa una gran cueva, en el centro de la cual hay una caldera hirviendo; no hay más luz que los resplandores rojizos de ésta. Se oye ruido de truenos lejanos y los gritos á que se refieren las brujas.

ESCENA PRIMERA

BRUJAS 1.ª, 2.ª y 3.ª, luego HÉCATE, MACBETH, LENNOX y CABALLEROS cuando lo indique la situación.

BR. 1.ª El gato atigrado tres veces mayó.
BR. 2.ª Tres veces, y una quejóse el erizo.
BR. 3.ª La arpía avisó
que empieza el hechizo.
BR. 1.ª En torno del cazo veloces giremos
y en él las infectas entrañas echemos.
El sapo que en frígida peña dormía
y un mes incesante logró destilar
activo veneno de noche y de día,
en esta encantada caldera he de echar.
TODAS Redoblen, redoblen trabajo y esmero;
que el fuego se avive, que hierva el caldero.
BR. 2.ª De víbora astuta echemos la piel:
que hierva en el cazo, cociéndose en él.
Ahí va de nocturno murciélago lana,
lengua de sabueso, dardo de escorpión,
ojo de lagarto, músculo de rana,
ala de lechuza, de áspid aguijón.
Magia poderosa tengan estos dones.
Bodrio del infierno, hierve á borbotones.
TODAS Redoblen, redoblen trabajo y esmero:
Que el fuego se avive, que hierva el caldero.

BR. 3.ª Colmillo de lobo y momia de hada,
escama brillante de fiero dragón,
enorme garguero y fauce inflamada
que ostenta en los mares voraz tiburón.
El bazo de aleve blasfemo judío,
cicuta cogida sin luz, de raíz,
la hiel concentrada de macho cabrío,
de un tártaro labios, de un turco naríz.
Menudas astillas de ramas de abeto,
tronchadas en noche de eclipse lunar,
el dedo de un niño que en foso secreto
dió á luz madre infame ahogándolo al par.
El caldo con esto que espese y que cuaje,
y, unido al brebaje
que ya se formó,
inmundo intestino de tigre salvaje.

TODAS Redoblen, redoblen trabajo y esmero:
Que el fuego se avive, que hierva el caldero.

BR. 2.ª Podeis enfriarlo con sangre de mona,
que así del hechizo la fuerza se abona.

HÉC. (Entra cantando.)
Aplaudo tal celo, trabajo y constancia;
tendrá cada una su justa ganancia.
Y, cual hadas diligentes,
girando en torno, cantad,
y los varios ingredientes
de la caldera hechizad.

BR. 2.ª Ya mis pulgares embota
comezón que me denota
que se aproxima el infame.
Quedad, puertas,
luego abiertas
á quien llame.

MACB. ¡Hola, hechiceras que vivís en el silencio, la quietud y las tinieblas de la noche! ¿qué haceis?

TODAS Una acción sin nombre.

MACB. Os conjuro por la ciencia que profesais (sin importarme cómo la habeis adquirido) que me contesteis. Aunque desencadeneis los vientos y hagais que golpeen contra las iglesias; aunque las espumosas olas destruyan y se traguen los navíos;

aunque las mieses se doblen y se tronchen los árboles; aunque los castillos se derrumben sobre las cabezas de sus señores y los palacios y las pirámides junten sus cimas con sus fundamentos; aunque el tesoro de los gérmenes de la naturaleza se revuelva hasta el punto que la misma destrucción se canse de su obra, contestadme á lo que os pregunte.

BR. 1.ª Habla.

BR. 2.ª Pregunta.

BR. 3.ª Contestaremos.

BR. 1.ª Dí si prefieres oirlo de nuestros labios ó de boca de nuestros dueños.

MACB. Llámalos, que yo los vea.

BR. 1.ª De guarro, que aburre su propia camada
de nueve lechones, la sangre verted
con grasa de innoble cadalso exudada
la llama acreced.

TODAS Venid, genios nobles y humildes, venid:
Lucid vuestro ingenio, y el arte lucid.
(Retumba el trueno. Surge la aparición de una cabeza cubierta con un casco.)

MACB. Dime, oh poder desconocido!

BR. 1.ª (A Macbeth.) Conoce tu pensamiento; oye su discurso y calla.

APARICIÓN Macbeth! Macbeth! guárdate de Macduff, guárdate del barón de Fife.—Basta, me voy. (Desaparece.)

MACB. Lo que quiera que seas, gracias por tu buen consejo; me has tocado la cuerda sensible. Pero, una palabra más.

LAS 3 BR. No consiente que se le mande: aquí hay otra aparición más poderosa que la primera. (Truena. Surge la aparición de un niño ensangrentado.)

APARICIÓN ¡Macbeth, Macbeth, Macbeth!

MACB. Soy todo oídos para tí.

APARICIÓN Sé sanguinario, arrojado y resuelto; desprecia el poder del hombre, pues ningún nacido de mujer te causará daño. (Desaparece.)

MACB. Vive, pues, Macduff ¿Por qué temerte?

Sin embargo me aseguraré cuanto pueda y haré que sea irrevocable la promesa del destino; no vivirás, así podré decir al pálido terror que miente y dormir á despecho de las tormentas. ¿Qué es esto (Dirigiéndose á la 3.ª aparición, niño coronado, con una rama en la mano. Truenos.) que surge como retoño de un rey llevando en su frente infantil el cerco y remate de la soberanía?

TODAS Escucha, pero no le hables.

APARICIÓN Sé fiero y soberbio como un león, y no te importe que álguien se enoje y se agite, ni dónde están los que conspiran: Macbeth nunca será vencido hasta que el gran bosque de Birnam le asalte en la elevada colina de Dunsinane. (Desaparece.)

MACB. Eso es imposible. ¿Quién puede conseguir que el bosque ande, que el árbol descuaje sus raíces encadenadas á la tierra? buenos presagios ¡bien! Rebelión, no levantes la cabeza hasta que el bosque de Birnam se subleve, y nuestro Macbeth vivirá en las alturas el plazo marcado por la naturaleza, hasta que pague su tributo á la ley del tiempo, á la ley mortal. Sin embargo, mi corazón ansía saber una cosa: Decidme (si vuestro arte llega á tanto), reinará algún día la posteridad de Banquo en este país?

TODAS No trates de averiguar más.

MACB. Me habeis de contestar: si me negais esto la eterna maldición caiga sobre vosotras. Decidme: ¿Por qué se hunde esa caldera? ¿qué ruido es este? (Se oye música de oboes.)

BR. 1.ª
BR. 2.ª } Salid, que os vea!
BR. 3.ª

TODAS Mostraos á sus ojos, afligid su corazón; venid y marchaos como sombras. (Aparición de ocho reyes, el último con un espejo en la mano; sigue la sombra de Banquo.)

MACB. Cuán parecido eres al espíritu de Banquo afuera! Tu corona me quema las pupilas

Y tu cabello, ¡oh tú el de la frente coronada, es parecido al del anterior! Así un tercero. ¡Brujas asquerosas! ¿Por qué me enseñais esto? Un cuarto! ¡Saltad, ojos! (Viendo desfilar la 5.ª aparición, luego la 6.ª) ¡Cómo! ¿habrá descendencia hasta el día del juicio? ¡Otro más! ¡El séptimo! No veré más, y sin embargo, el octavo aparece con un espejo que me hace ver muchos más, algunos de los cuales llevan doble globo y triple cetro. ¡Espantosa visión! Ahora comprendo que todo es verdad, pues Banquo, manchado de sangre coagulada, me sonríe y los señala como vástagos suyos. (A las brujas.) ¡Qué! ¿no es así?

BR. 1.ª Aunque es la verdad,
Macbeth, ¿por qué causa denotas espanto?
Su espíritu, hermanas, con mágico encanto,
venid y alegrad.
Del aire que hechizo, resuena ya el canto,
en mística danza vosotras en tanto
veloces girad,
y al rey poderoso vereis complacido
del pleito homenaje que le hemos rendido.

(Música. Las brujas bailan y desaparecen luego con Hécate.)

MACB. Dónde están? Se han ido? Maldita sea para siempre jamás esta hora perniciosa. Venid los que estais ahí afuera. (Entra Lennox.)

LEN. Qué quiere vuesta majestad?

MACB. Habeis visto á las hermanas fatales?

LEN. No, señor.

MACB. No han pasado por vuestro lado?

LEN. En verdad que no, señor.

MACB. Infecto sea el aire en que cabalgan y malditos todos los que en ellas creen! He oído galope de caballos. ¿Quién ha pasado por aquí cerca?

LEN. Dos ó tres individuos que vienen á deciros que Macduff ha huído á Inglaterra.

MACB. ¿Que ha huído á Inglaterra?

LEN. Así es, buen señor.

MACB. Oh tiempo! tú te anticipas á mis temibles

hazañas. Los alados pensamientos son fútiles si no van seguidos de la acción. Desde este momento mi mano ejecutará sin dilación los primeros impulsos de mi alma. Y ahora mismo, para que las acciones coronen mis ideas, sea dicho y hecho. Voy á sorprender el castillo de Macduff, apoderarme de Fife, y pasar á cuchillo á su esposa, sus hijos y cuantos desdichados tengan relación con él. No nos exaltemos vanamente; consumaré el hecho antes de que se enfríe el propósito. Dejémonos de apariciones! (A Lennox.) ¿Dónde están esos caballeros? Vamos á donde estén. (Salen.)

MUTACIÓN

ESCENA II

Pasillo: palacio real de Inglaterra.

MACDUFF, MALCOLM; después ROSS.

MALC. Busquemos una sombra solitaria donde desahogar nuestros corazones.

MACD. Empuñemos, más bien, la espada destructora y como hombres honrados apoderémonos de las riendas de nuestra patria abatida. Cada día que amanece hay más viudas que gimen, más huérfanos que gritan; nuevos dolores abofetean al cielo que parece sentir con Escocia y dar alaridos como expresión de su dolor.

MALC. Deploro los males que aquejan á mi patria y si el tiempo me es propicio los remediaré. Es posible que sea lo que decís. Ese tirano, cuyo sólo nombre ulcera nuestras lenguas, pasó en otro tiempo por bueno; vos mismos le habeis amado mucho. Todavía no os ha hecho daño alguno. Soy joven pero podeis contraer méritos con él sacrificando un débil cordero, desamparado é inocente, para aplacar á un Dios irritado.

MACD. Yo no soy traidor.

MALC. Pero lo es Macbeth. Un espíritu recto y virtuoso puede desviarse al servicio de un monarca... No os enfadeis. No hablo porque tema en absoluto de vos. Sé que nuestro país sucumbe bajo ese yugo, llora y sangra, y que cada día se añade una nueva puñalada á sus heridas. Creo, además, que se armarían muchos brazos para defender mi derecho, y aquí, en la benévola Inglaterra, tengo ofrecimientos de muchos miles de hombres. Pero...

MACD. (Interrumpiéndole al ver que álguien se acerca.) Ved quien viene.

MALC. (Aparte.) Ya hablaremos después. Un paisano mío, pero aún no le reconozco.

MACD. (A Ross, que viene.) Mi muy noble amigo, sé bien venido.

MALC. Ya sé quién es. ¡Dios santo! Haz que desaparezcan pronto las causas por las cuales somos extraños unos á otros.

ROSS. Así sea, señor.

MACD. ¿Sigue Escocia en el mismo estado?

ROSS ¡Ay, patria desgraciada!, no parece la misma. Más que nuestra madre es nuestra tumba; allí nadie sonríe sino el que nada sabe; todos suspiran y gimen y rasgan el aire con sus gritos sin que ya nadie se fije en ello; allí toda pesadumbre vehemente parece un disgusto pasajero y cuando la campana dobla á muerto ni siquiera se pregunta por quién es...

MACD. ¡Oh, descripción prolija pero verdadera!

MALC. ¿Cuál es la última desgracia?

ROSS La que ya tiene una hora de vida parece burlarse del que la relata, pues cada minuto engendra una nueva.

MACD. ¿Cómo está mi mujer?

ROSS (Con repugnancia de mentir.) Bien.

MACD. ¿Y mis hijos?

ROSS (En el mismo tono.) Bien también.

MACD. No ha atentado contra su paz el tirano?

ROSS No, estaban en paz absoluta cuando los dejé

MACD. No seais avaro de vuestras palabras. ¿Qué pasa?

ROSS Cuando partí para traer las noticias que tanta pesadumbre me han causado, corría el rumor de que se habían levantado en armas muchos dignos compañeros, lo cual tuve ocasión de comprobar al ver en pié las fuerzas del déspota. Esta es la ocasión de prestar auxilio; vuestra presencia en Escocia improvisaría soldados, haría que nuestras mujeres combatieran para dar fin á sus terribles angustias.

MALC. Sírvales de consuelo el que vayamos nosotros allí; la benévola Inglaterra ha puesto á nuestro servicio al buen Suardo y diez mil hombres; soldado más experimentado y mejor no podría proporcionarlo toda la cristiandad.

ROSS Ojalá pudiera yo contestar á este consuelo con otro semejante! Pero mis palabras son para aulladas dolorosamente en el espacio donde nadie pudiera oirlas.

MACD. A qué se refieren? A la causa general? ¿O es un dolor particular que afecta á un sólo pecho?

ROSS No hay alma noble que no tome parte en esa desgracia aunque casi toda ella es para vos solo.

MACD. Oh, lo adivino.

ROSS Vuestro castillo ha sido sorprendido, han hecho una carnicería de vuestra esposa é hijos: relatar la manera sería añadir vuestra muerte al montón de esas víctimas asesinadas.

MALC. Cielo misericordioso! Valor, amigo! No trateis de ocultar vuestro sentimiento; desahogad vuestro corazón, que el pesar que no se manifiesta habla al corazón henchido de dolor haciendo que se destroce.

MACD. También mis hijos?

ROSS Esposa, hijos, criados, todo lo que se encontró.

MACD. Y había de ser en mi ausencia! También han asesinado á mi mujer?

ROSS Así es.

MALC. Consolaos: Procurémonos los remedios de nuestra terrible venganza para curar esta pena de muerte.

MACD. No tiene hijos. (Refiriéndose á Malcolm.) ¿Todos mis hermosos pequeños? ¿Habeis dicho que todos? Oh, milano infernal! Todos? Es decir, que todos mis preciosos polluelos y su madre fueron presa de sus garras?

MALC. Pensad en ello como hombre.

MACD. Así lo haré. Pero también debo sentirlo como hombre: No puedo menos de recordar que existían esas cosas que tan queridas me eran. ¿Pudo el cielo presenciarlo sin tomar parte? Pecador Macduff, tú les has asestado el golpe; malvado de mí, que por mi culpa, no por la de ellos, cayó el crimen sobre su alma. El cielo los acoja en su seno!

MALC. Sea esto la aguzadera de vuestra espada: que el pesar se convierta en cólera; no adormezcais el corazón, enardecedlo.

MACD. ¡Oh! parecería mujer por el llanto y fanfarrón por las palabras. ¡Cielo clemente! suprime toda dilación; ponnos frente á frente á ese demonio de Escocia y á mí; colócale al alcance de mi espada; y si se libra de ella te pido que le perdones!

MALC. Eso son palabras viriles. Andad, vamos á ver al rey: nuestra fuerza está dispuesta; no nos falta más que emprender la marcha: Macbeth es como fruta madura que caerá á la sacudida y el poder supremo facilita los medios. Animaos todo lo que os permita vuestro dolor. Interminable es la noche que nunca llega al día. (Salen.)

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

Habitación del Castillo; decoración del acto II. Téngase en cuenta por lo que afecta á los personajes de esta obra, que han pasado 17 años desde el principio de ella.

UN MEDICO y una DAMA de la reina. Después LADY MACBETH.

MÉD. Hemos pasado juntos dos noches en vela pero no he podido comprobar la verdad de vuestras palabras. ¿Cuándo ha sido la última vez que ha paseado?

DAMA Desde que su majestad entró en campaña, la he visto levantarse de la cama, ponerse la bata de noche, abrir el gabinete, sacar papel, doblarlo, escribir en él, leerlo, sellarlo después y volver á la cama; y todo esto en el sueño más profundo.

MÉD. Es una gran perturbación de la naturaleza recibir el beneficio del sueño y al mismo tiempo estar en vigilia. En esta agitación soñolienta, además de sus paseos y otros hechos reales, ¿qué le habeis oído decir alguna vez?

DAMA Señor, lo que no puedo referir después de haberlo dicho ella.

MÉD. A mí sí podeis y hasta es muy conveniente que lo hagais.

DAMA Ni á vos ni á nadie no teniendo testigos que confirmen mis palabras. (Entra Lady Macbeth, sonámbula, con una luz; pálida la cara, encanecido el pelo y envuelta totalmente en blanca vestidura.) Mirad, ahí viene en la forma de siempre y, á fe mía, profundamente dormida. Observadla, apartaos (A un lado del camino que ella acostumbra á seguir.)

MÉD. ¿Cómo se ha procurado esa luz?

DAMA La tenía cerca de ella: siempre tiene luz donde ella está; es su mandato.

MÉD. Ya lo veis, tiene los ojos abiertos.

DAMA Sí, pero la inteligencia está cerrada.

MÉD. ¿Qué es lo que hace ahora? Observad cómo se frota las manos.

DAMA Tiene costumbre de repetir la acción como de lavarse las manos. La he visto continuar así durante un cuarto de hora.

LADY MAC. (Con los ojos tristemente fijos en el vacío, dolorosa la voz, lentos los pasos que detiene al pié de la escalera de la habitación del crimen.) Aún hay aquí una mancha.

MÉD. Escuchad! habla. Quiero anotar lo que diga para recordarlo mejor.

LADY MAC. Desaparece, mancha maldita, desaparece, te digo. (Suena la campana de un reloj.) Una, dos: (Contando las campanadas) ha llegado el momento de hacerlo. Qué lóbrego es el infierno! Quitad, señor, quitad! soldado, y tener miedo? ¿Por qué hemos de temer que álguien lo sepa, si nadie puede pedir cuentas á nuestro poder soberano? Pero ¡quién hubiera pensado que el viejo tenía tanta sangre! (Riendo.)

MÉD. ¿Os fijais en lo que dice?

LADY MAC. El barón de Fife tenía una esposa; ¿dónde está? (Habla distraída pasando de una cosa á otra.) (Con horror.) ¡Cómo! nunca se verán limpias estas manos? No sigais, señor, no sigais; todo lo echais á perder con estos sobresaltos.

MÉD. (Dirigiéndose á la dama.) ¡Vamos! ¡vamos! ya sabeis lo que no debíais.

DAMA Ella es la que ha hablado lo que no debía, estoy segura. Sólo el cielo conoce sus secretos.

LADY MAC. Aún sigue aquí el olor de sangre; todos los aromas de la Arabia no bastarían para perfumar esta pequeña mano mía. Oh, oh, oh! (Con expresión suprema de remordimientos y de angustia.)

MÉD. ¡Qué suspiro! El corazón está excesivamente cargado.

DAMA No querría yo albergar en mi pecho semejante corazón en cambio de la dignidad de toda mi persona.

MÉD. Bien, bien, bien.

DAMA Ojala fuese así, señor.

MÉD. Mi ciencia no alcanza á esta enfermedad del espíritu. Sin embargo, he conocido á algunos que han paseado en sueños y han muerto santamente en sus camas.

LADY MAC. Lávate las manos, ponte la bata de noche, no estés tan pálido: Otra vez más te digo, Banquo está enterrado, no puede salir de su tumba. (Todo este discurso lo pronuncia como si hablara con su marido y refiriéndose á hechos de los crímenes de Duncan y Banquo.)

MÉD. ¿Esto más?

LADY MAC. A la cama, á la cama. (Hace un movimiento para coger de la mano á su marido y marcharse con él.) Llaman en la puerta. Ven, ven, ven, ven; dame la mano. Lo hecho no tiene remedio. A la cama, á la cama, á la cama. (Sale Lady Macbeth, siempre con la vela en la mano izquierda.)

MÉD. Se va ahora á la cama?

DAMA En seguida.

MÉD. Por todas partes se oyen rumores de hechos detestables. Los actos contrarios á las leyes de la naturaleza engendran tormentos crueles. Las almas contaminadas deben aliviar la carga de sus secretos en sus almohadas mudas. Más necesita ella el auxilio divino que el humano. Dios mío, perdónanos á todos. (Dirigiéndose á la dama.) Cuidadla; apartad de ella todo lo que pueda perjudicarla y seguid vigilándola. Buenas noches, pues. (Aparte.) Ha abrumado mi espíritu y aterrado mis ojos. Pienso, pero no me atrevo á hablar.

DAMA Buenas noches, Doctor. (Salen por el foro.)

ESCENA II

MACBETH, después SEYTON, MÉDICO, un CRIADO y acompañamiento

MACB. No me traigais más noticias; que huyan todos. Mientras el bosque de Birnam no venga á Dunsinane no palideceré de miedo. ¿Qué me importa ese niño Malcolm? ¿no nació de mujer? Los hados, que conocen todas las cosas mortales, me han dicho: «No temas, Macbeth; ningún nacido de mujer te vencerá». Así pues, huid, barones traidores y uníos á los sensuales ingleses. Mi espíritu y el corazón que late en mi pecho no cederán á la duda ni temblarán de miedo (Dirigiéndose á un criado que entra.) El diablo te condene, haragán. De dónde has sacado esa cara de ganso?

CRIADO Hay diez mil.....

MACB. Gansos, villano?

CRIADO Soldados, señor.

MACB. Anda, pellízcate la cara para que ocultes el terror tiñéndola de rojo. ¿Qué soldados, mentecato? ¡Maldita sea tu alma! ¡Esas mejillas tuyas, blancas como la pared, infunden terror. ¿Qué soldados?

CRIADO Las fuerzas inglesas; perdonad.....

MACB Quita de aquí esa cara... (Sale el criado.) Seyton! (Llamando al médico.) Mi alma se rinde al ver... Seyton! digo. (Llamando con más fuerza) Este asalto es decisivo: ó me afianzará en el trono ó causará mi ruina. Ya he vivido bastante: Mi vida ha llegado á su otoño, la estación de las hojas amarillas. Y yo no puedo aspirar á todo aquello que debiera acompañarme en la vejez, como el honor, el amor, la obediencia, la multitud de amigos, no; en vez de eso me acompañarán maldiciones profundas, aunque no dichas en voz alta: honor no sentido, palabras vanas que

el pobre corazón querría negarme, pero no se atreve. Seyton!... (Llamando con fuerza.)

SEYTON (Entrando.) Qué manda Vuestra Majestad.

MACB. ¿Hay más noticias?

SEYTON Cuanto han dicho, Señor, se confirma.

MACB. Lucharé hasta que caiga hecho pedazos. Dame mi armadura.

SEYTON Aún no es necesario.

MACB. Quiero ponérmela. Enviad más gente de á caballo que recorra el campo y lo despeje ahorcando á los que hablen de miedo. Dadme mi armadura. ¿Cómo está la paciente, Doctor? (Al Médico que entra.)

MÉD. Más que enferma, Señor, atormentada por visiones que se suceden rápidamente impidiéndole el descanso.

MACB. Cúrale ese mal. ¿No puedes medicinar á un espíritu enfermo, arrancar de la memoria una tristeza arraigada, borrar del cerebro un tormento fijo, y, valiéndote de algún grato antídoto opiado, limpiar el pecho henchido de esa carga peligrosa que pesa sobre el corazón?

MÉD. Eso es más bien cosa del paciente.

MACB. Arroja tus drogas á los perros; no sirven para nada. Vamos, ponme la armadura; dame la lanza. Seyton, que salga la gente. Doctor, los barones huyen de mí. Andad de prisa. Si pudieras, Doctor, encontrar y analizar la enfermedad de mi reino, purgarle y devolverle su antigua salud te aplaudiría con entusiasmo. Quítamela en seguida. (Manda á un criado que le quite la armadura que antes mandó que le pusieran.) ¿Qué ruibarbo, sen ó droga purgante limpiaría esto de ingleses? ¿Sabes algo de ellos? (Dirigiéndose al Médico.)

MÉD. Sí, buen señor, por vuestros reales preparativos.

MACB. Sígueme con ella. (Al criado que carga con la armadura.) No he de temer la muerte ni la ruina hasta que el bosque de Birnam eche á andar hácia Dunsinane.

MÉD. (Ap.) Si yo estuviera lejos de Dunsinane, libre y salvo, no sería fácil que la idea del lucro me hiciera volver aquí. (Salen Macbeth seguido del criado con la armadura, el médico y acompañamiento.)

MUTACIÓN

ESCENA III

Vereda. Campo cerca del bosque de Birnam. Entran con música de tambores y precedidos de banderas, MALCOLM, el viejo SUARDO y su hijo, MACDUFF, ANGUS, LENNOX, ROSS y SOLDADOS, en marcha.

MALC. Amigos míos, creo que se acerca el día en que vivamos seguros en nuestros hogares.

LEN. No lo dudamos.

SUAR. ¿Qué bosque es ese que hay delante de nosotros?

LEN. El bosque de Birnam.

MALC. Que cada soldado corte una rama y la lleve delante de él, con lo cual disimularemos el número de nuestras huestes y haremos que se equivoquen en la apreciación de nuestras fuerzas.

SOLD. Así se hará.

SUAR. Sólo sabemos que el confiado tirano no se mueve de Dunsinane y consentirá que fijemos nuestros reales delante del castillo.

MALC. Esa es su principal esperanza, pues en el campo abierto, donde se ve forzado á darles ventaja, los que le siguen, grandes y humildes, se han revuelto contra él; y nadie le sirve sino como instrumento obligado que no guía el amor.

MACD. Obremos y no teoricemos hasta que los acontecimientos tengan lugar y procedamos como soldados activos. (Salen en marcha.)

MUTACIÓN

ESCENA IV

Castillo almenado. En el fondo una puerta que comunica con el interior del castillo.

MACBETH, SEYTON y soldados seguidos de banderas y músicas de tambores.

MACB. Desplegad nuestras banderas en los muros exteriores. El grito de guerra sigue siendo: «Vienen». La solidez de nuestro castillo se ríe de que lo sitien. Dejadlos allí hasta que el hambre y la fiebre den fin de ellos; si no estuvieran auxiliados por los que debían ser nuestros les hubiéramos acometido con valor cara á cara, rechazándolos y persiguiéndolos hasta su país. ¿Qué ruído es ese? (Refiriéndose á gritos de mujeres que se oyen en el interior.)

SEYTON Gritos de mujeres, señor. (Sale.)

MACB. Casi he olvidado el sabor del miedo. Tiempo ha habido en que un grito nocturno me helaba la sangre y en que al oir un relato siniestro se me erizaba el pelo agitándose como si tuviera vida; he estado ahito de horrores, y el horror, familiar á mis ideas de destrucción ya no me hace estremecer. (Dirigiéndose á Seyton que entra.) ¿Por qué fué ese grito?

SEYTON La reina señor, ha muerto.

MACB. Ha debido esperar un poco; ya hubiera habido ocasión de pronunciar esa palabra. El mañana, y el mañana, y el mañana, se deslizan con paso lento de día en día hasta la última sílaba del tiempo, escrito en el libro del destino. Y todos nuestros días pasados nos han alumbrado locos el camino que nos lleva cubiertos de polvo á la muerte. Extínguete, extínguete luz breve! La vida no es más que una sombra que pasa; un pobre actor que se pavonea, se agita en el escenario, y desaparece para siempre; una historia contada por un idiota, llena de ruido y de furor, que nada sig-

nifica. (Dirigiéndose á un mensajero, que entra.) Vienes para hacer uso de la lengua; pronto la historia.

MENS. Buen señor, yo diría lo que me parece haber visto, pero no sé cómo hacerlo.

MACB. Bien, dilo.

MENS. Estando de centinela en lo alto de la colina miré hácia Birman y al momento me pareció que el bosque empezó á moverse.

MACB. Embustero, miserable! (Golpeándole con ira.)

MENS. Caiga sobre mí vuestra cólera si no es cierto. Podeis ver cómo viene al alcance de tres millas; es una arboleda que anda.

MACB. Si mientes te ahorcaré vivo en el árbol más próximo hasta que mueras de hambre; si lo que dices es verdad, no me importa que tú hagas conmigo lo mismo. Desfallezco y empiezo á dudar del equívoco del diablo cuyas mentiras parecen la verdad misma: «No temas, hasta que el bosque de Birnam venga á Dunsinane» (Repitiendo la profecía de las brujas.) y he aquí que un bosque se dirige á Dunsinane. ¡A las armas, á las armas, y afuera! Si lo que afirma es seguro lo mismo da huir de aquí que estarse quieto. Empiezo á cansarme de ver la luz y querría que en este momento se desquiciara el mundo. ¡Tocad á rebato! ¡Ruge, huracán, ven, destrucción! Al menos moriremos con la espada en la mano. (Salen.)

ESCENA V

MACBETH; después joven SUARDO y MACDUFF.

MACB. Me han atado á un poste; no puedo huir, pero puedo, como los osos, luchar hasta el fin de la corrida. ¿Cómo podrá ser el hombre que no ha nacido de mujer? A ese he de temer, no á los demás (Entra el Joven Suardo.)

J. SUARDO (Dirigiéndose á Macbeth.) ¿Cómo te llamas?

MACB. Temblarás al oirlo.

J. SUARDO No, aunque lleves el nombre más espantoso del infierno.

MACB. Me llamo Macbeth.

J. SUARDO El mismo diablo no podría pronunciar nombre más odioso á mis oídos.

MACB. No, ni más terrible.

J. SUARDO Mientes, tirano aborrecido; te lo demostraré con mi espada.

(Luchan, muriendo el joven Suardo, que se arrastra un poco por la izquierda, de modo que le hagan desaparecer.)

MACB. (Desde el foro.) Tú has nacido de mujer. Me río de las espadas, desprecio las armas manejadas por los que de mujer nacieron. (Sale.)

(Toque para tomar las armas. Entra Macduff.)

MACD. El ruido viene de esa parte. Da la cara, tirano. Si murieras y no fuera á mis manos, los espectros de mi mujer y de mis hijos me persiguirían siempre. No he de herir á miserables soldados mercenarios; ó te mato, Macbeth, ó envainaré mi espada, sin hacer uso de su cortante filo. Por aquí debes de estar: este gran estruendo parece anunciar la presencia de un personaje importante. No te pido más que encontrarle, oh, fortuna! (Sale.) (Sigue el toque de trompetas.)

Entran MALCOLM y el viejo SUARDO.

SUARDO Por aquí, Señor; el castillo se ha rendido sin resistencia. Las fuerzas del tirano luchan divididas en dos bandos; los nobles barones se portan valientemente en la contienda; la jornada se declara fácilmente en vuestro favor y ya pronto tocamos al fin.

MACD. Hemos dado con enemigos que luchan á nuestro lado.

SUARDO Entrad, Señor, en el castillo. (Salen. Siguen tocando las trompetas.)

ESCENA VI

Entra MACBETH.

MACB. ¿Por qué había de hacer yo el papel del romano insensato y morir arrojándome sobre mi propia espada?; mientras vea seres vivos mejor están las heridas en ellos que en mí. (Entra Macduff.)

MACD. Atrás, furia del averno, atrás.

MACB. Tú eres el único hombre á quien he procurado no encontrar; pero, retrocede, mi alma está ya ahita de sangre de los tuyos.

MACD. No tengo palabras; mi voz está en mi espada, ¡oh, villano! más sanguinario de lo que pueden expresar las palabras. (Luchan.)

MACB. (Después de unos momentos cesan en la lucha al dirigirse Macbeth á Macduff.) Pierdes el trabajo. Tan fácil te sería con tu afilado acero tajar el aire indivisible como hacer que yo sangre: caiga tu espada sobre cimeras vulnerables, que mi encantada vida no cederá á ningún nacido de mujer.

MACD. Desespera de tu encanto; y que te diga el demonio, á quien siempre has servido, que Macduff fué arrancado del vientre de su madre antes de tiempo.

MACB. Maldita sea la lengua que así me habla, pues ha anulado lo mejor que había en mí! No lucharé contigo.

MACD. Entonces entrégate, cobarde, y vive para ser el hazmerreir de las gentes. Te haremos pintar en un cartel como hacemos con nuestros monstruos más raros con un rótulo que diga «aquí podeis ver al tirano».

MACB. No me rendiré para besar la tierra á los piés del joven Malcolm y ser acosado por las maldiciones de la canalla. Aunque el bosque de Birnam haya venido á Dunsinane y tú te hayas colocado enfrente de mí, no habiendo nacido de mujer, intentaré la

última prueba. Con el escudo protejo mi cuerpo; lucha, Macduff, y maldito sea el primero que grite «alto, basta!» (Salen luchando. Las tropas de Macbeth tocan retreta. Música de trompetas de las fuerzas de Malcolm. Malcolm, el viejo Suardo, Ross, los demás barones y Soldados, entran á tambor y con banderas desplegadas.)

MALC. Quiera Dios que vuelvan bien los amigos á quienes echamos de menos. (En el interior se oyen gritos de triunfo y toque de trompetas.)

MACD. (Entra triunfante.) ¡Salve, rey!, pues ya lo eres. Ved donde está clavada la cabeza maldita del tirano; ya somos libres. Te veo rodeado de la flor de tu reino en cuya mente adivino mi saludo. Gritad conmigo, ¡Viva el rey de Escocia!

TODOS ¡Viva!

FIN DE LA TRAGEDIA

Sobre la traducción y las acotaciones

Para la traducción de esta obra me he valido de ejemplares de tanta autoridad como los de «*The Warwick Shakespeare*» y *The Works of Shakespeare*, de *The Chandos Classics*. He procurado realizar mi trabajo con toda la fidelidad, en el fondo y aun en la forma de la obra inmortal, compatible con la índole de nuestra lengua.

He suprimido algunas escenas que carecen de interés y por consiguiente harían lánguido el desarrollo de los actos en que figuran. El canto de las brujas con que empieza el acto cuarto, páginas 44 y 45, lo he tomado de la traducción en verso de *Macbeth*, hecha por don Guillermo Macpherson.

Algunas acotaciones importantes me las ha aconsejado la crítica hecha por periódicos de Londres tan importantes como «St. James's Gazette», «The Daily Chronicle» y «The Morning Post» (*) con motivo de las representaciones *(ciento cincuenta y siete* consecutivas desde 29 de Diciembre de 1888 á 29 de Junio de 1889, descontados los domingos, en que no funciona el teatro en Inglaterra), dadas en *Lyceum Theatre* por Sir Henry Irving y Miss Ellen Terry, intérpretes geniales del teatro de Shakespeare. En estas acotaciones he tratado de reflejar todo lo que la crítica considera como grandes aciertos en la interpretación de Macbeth y Lady Macbeth por los actores citados.

El Traductor.

(*) Recogidas por Mr. Ch. Hiatt en sus dos libros "Henry Irving„ y "Ellen Terry.„

Otros libros del mismo autor

EDUCACIÓN ARTÍSTICA. Volumen de 255 páginas, ilustrado con 15 fotograbados. Segunda edición. Madrid, 1900.

EL QUIJOTE EN EL EXTRANJERO. Folleto de 52 páginas. Valladolid, 1905.

EL MERCADER DE VENECIA. (Shakespeare.) Traducción directa adaptada á la escena española. (En prensa).

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: DOS pesetas